

Juan Galdós

LA ciudad no es grande pero es acogedora. En la angostura y brevedad de sus calles, en sus plazas escondidas sumidas en silencio por donde apenas transita nadie, en algunos de cuyos rincones se sientan las mujeres a coser al sol de la tarde, vigilando en lo alto los diversos campanarios de iglesias y conventos de miradores con celosías. La fluidez de un río donde los peces pugnan por remontar los dos azudes en saltos de plata con molinos en sus márgenes de pimiento y harina, los molineros de rojo y blanco; dos, tres calles de apariencia moderna más la Trapería y Platería, la Plaza Belluga, majestuosa y levítica a donde se asoma el obispo, el «ciprés pétreo» de la catedral; a un extremo el museo Salzillo con la «Cena» puesta y la «Oración del huerto» bajo la olivera, en el otro extremo la plaza de toros y la Condomina...

Escasamente esto y poco más a todo esto y más contenía la ciudad de Murcia en el año 1962-1963 conforme se puede vislumbrar por lo escrito en momentos de relajante desocupo y recogido en mi libro «Un año en Murcia. Diario de una ciudad», diario de sucesos a lo largo de todo un año, ahora, mirando atrás, fuente de recuerdos imborrables.

Treinta y dos años pueden ser muchos y pocos según sean considerados. No es lo mismo de contarlos un cautivo día a día, hora a hora, que un historiador o arqueólogo. En la vida de una ciudad son suficientes para apreciar los cambios habidos en su fisonomía hasta tal punto que son muchos los edificios desaparecidos y calles ampliadas o absorbidas. ¿Y

los habitantes? ¡Oh, los habitantes! La guadaña implacable no ha cesado de segar. Me apena la noticia de que son bastantes de mis amigos los que me faltan e incontables los vecinos de Murcia conocidos de vista que ya no pasean sus calles de treinta y dos años acá. Ahora quedan sus sombras, sus fantasmas, que también serán barridos por el escotillón.

En aquellos años la huerta aprisionaba a la ciudad concentrada en las parroquias de San Bartolomé y San Pedro (hoy casco antiguo), cercada por los barrios de San Antolín y San Andrés al oeste, Santa Eulalia al este y San Juan y el Carmen al mediodía. Los huertos penetraban por las calles del extrarradio metiéndose al azahar y los pétalos de las flores del melocotonero y de los ciruelos, y los coches de línea traían de las pedanías y pueblos próximos oleadas de gente a trabajar y a efectuar compras. Los jueves aumentaba la población ostensiblemente; acudían las mujeres al mercado a vender el conejo, la docena de huevos o el par de hermosos pollos, a cambio se llevaban la media libra de chocolate, el pedazo de queso manchego o el delantal de cocina.

Si se me permite podemos realizar un recorrido a través del tiempo, como en un tren de la bruja, de octubre de 1962 al mismo mes del año siguiente significando algunos acontecimientos, no los más importantes, porque eso, en la vida cotidiana de una ciudad, en el trajín diario y con diversidad de individuos, lo será para unos y no para otros.

Comenzando por el mes de octubre de aquel año 1962, el día 25 aparecía en el

periódico la estimulante noticia de que a espaldas de la Casa de Cultura, con solares en torno (hoy Avd. Constitución), se iba a levantar un moderno edificio de diez plantas que a más de un lector hacía exclamar por la novedad: «¡Qué barbaridad!».

Cinco días después, conmemorando el centenario, se representaba en el Teatro Romea «La Parranda», asistiendo Marcos Redondo, su mayor intérprete, ya en declive de su vida. Fue un acontecimiento en la anodina vida de la ciudad.

El día uno de noviembre, con la visita al cementerio, tradición ininterrumpida, los huertos próximos inundaban de crisantemos las plazas de Santa Catalina y las Flores. Montañas de crisantemos en comparación con lo de hoy.

La ciudad, carente aún de estación de autobuses, en sesión del día 8 el Ayuntamiento destinaba cinco millones al ornato de la margen izquierda del río Segura asignados en principio para la estación de autobuses, que seguiría esperando.

El 20 de este mismo mes el alcalde toma una decisión trascendental para el municipio: en adelante se cambiaría el sistema de recogida de basuras. A tal fin se divide la urbe en distritos y la recogida, en carros municipales, se verificará antes de las 9'30. De modo que se acabaron los basureros a domicilio subiendo y bajando escaleras. Tal medida hizo aparecer en los periódicos la pregunta de los escépticos: «¿A tal adelanto va a llegar la vida que exige la organización de la recogida de basuras?».

Mientras, derribando viejos edificios del pasado siglo avanzaba la brecha de la Gran Vía Central por el corazón de Murcia, hoy Gran Vía Salzillo. ¿Cuándo la veremos terminada?, se decía entonces. Y

la verdad es que duró bastante su urbanización, con el barro y el polvo que ello traía para los peatones.

El 11 de diciembre la Diputación Provincial entregaba sus premios anuales de arte. El «Salzillo» de escultura correspondió a un joven llamado González Marcos; el de periodismo «García Martínez» a Francisco Alemán Sainz, quedando el «Gestoso Tudela» y otros desiertos.

La prensa del día 18 insertaba la luctuosa noticia del fallecimiento en Madrid, a los 71 años, de Fernández Ardavin a quien Murcia tanto debe por su obra «La Parranda», toda una época de nuestro pasado en los escenarios.

El año nuevo 1963 se estrenó con una noticia sorprendente sin duda preparada por los munícipes: Entraba en vigor la supresión de los fielatos, viejas casetas a la entrada de la población donde el Ayuntamiento recaudaba parte de sus tributos. Todo un mundo de la picaresca y del sainete pasaba al de los recuerdos.

También publicaba el periódico noticias satisfactorias para el sufrido ciudadano, como en el día 13 apareciendo una relación de comerciantes y lecheros sancionados por poco escrupulosos. Ya estaba bien de kilos a 900 gramos y leche bautizada.

El 21 los componentes de la Sociedad Económica de Amigos del País —noble institución de cultura de la vida murciana— lanzan un S.O.S. para salvar el edificio en la calle de la Sociedad a la que diera nombre, con su escalera noble de mármol y salones cuajados de pinturas y esculturas donados por artistas que en ella estudiaron. Se cerraba toda una institución de la vida cultural en Murcia.

El 22 se expuso la maqueta de lo que sería el polígono de Vistabella, en una

zona de huertos y bancales fértiles. Por primera vez la ciudad iba a romper el corsé vegetal con el que tantos años viviera en armonía, estirándose como una adolescente. En adelante no sería lo que era.

Con la llegada del miércoles de ceniza en los muros y puertas de iglesias y de conventos aparecen los tradicionales pasquines y convocatorias anunciando quiniarios y tríduos a los numerosos Cristos y Dolorosas diseminados por la ciudad. En la luz incierta de las mañanas y al anochecer nuestras calles eran cruzadas por las devotas con velo y rosario en su ir y venir de las iglesias.

Había de ser 13, que casualidad. Un obrero de los que trabajaban en el gigantesco edificio Torre de Murcia, en la céntrica Gran Vía, falleció al caer de una altura de ocho metros. Triste suceso que venía a enturbiar la alegría con que se construía.

En un 21 de mayo se inauguraba por el ministro José Solís la Casa de Sindicatos, joya para los sindicalistas de entonces. Hoy, tras los avatares de la transición en que desempeñó también su papel, se muestra vieja y troceada en organismos distintos.

Ya en pleno verano, el 19 de agosto, se subastaban los terrenos para la feria de septiembre. Como nota curiosa sólo señalar que se dieron 9.000 pts. por una caseta de turrón. La gente de entonces se preguntaba: «Es un abuso ¿Cómo las van a sacar?»

Finalmente, para acabar, en octubre de 1963 se derribaba el edificio que en la calle Ceballos, frente al arco de San Juan, albergaba la Delegación de Hacienda, feo



inmueble de apuntaladas escaleras y techos, que con sus tres pisos escasamente iluminados más parecía la casa de Alí Babá y los cuarenta ladrones. A cambio se trasladó a un edificio de nueva planta, en plena Gran Vía Salzillo, donde sólido y orgulloso de sus columnas desafia a los contribuyentes.

Ha sido un breve bosquejo por la Murcia de mis amores, cambiantes pero idéntica y fiel a su pasado. Hay algo en su esencia invariable que se nos transmite.